

Religiosidad y didáctica en la literatura infantil y juvenil de Carmen Conde *

María Victoria MARTÍN GONZÁLEZ
*Doctora en Filología Hispánica ***

Resumen: La religión, la cultura popular y la didáctica son características de la literatura infantil y juvenil de la escritora Carmen Conde, nacida en Cartagena en 1907. Estas obras son el vínculo común con la tierra natal, sobre la que ella narra pequeñas historias situadas en una época y en un espacio preciso: Cartagena y sus pueblos, sus costumbres y fiestas populares, a principios del siglo XX, donde la autora se pasea por el paisaje mediterráneo tan conocido y amado. Los textos y artículos publicados entre 1925 y 1930 tienen un carácter religioso, aunque cambien a partir de 1929 para ser más críticos y contrarios a la hipocresía de la sociedad católica. La mayor parte de las obras para niños y jóvenes son consecuencia de la Guerra Civil Española. Carmen Conde comienza una nueva vida y emprende el camino de la búsqueda del tiempo pasado para no perder a la niña que fue.

Palabras clave: Crítica social; didáctica; moral; religión; cultura popular; Cartagena.

Religiosité et didactique dans la littérature d'enfance et de jeunesse chez Carmen Conde

Résumé : La religion, la culture populaire et la didactique sont des caractéristiques de la littérature d'enfance et de jeunesse de l'écrivain Carmen Conde, née à Cartagena en 1907. Ces œuvres sont le lien principal avec la terre natale. Elle raconte de petites histoires situées dans une époque et dans un milieu précis: Cartagena, ses villages, les coutumes et les fêtes populaires, au début du XX^e siècle, où elle se promène dans le paysage méditerranéen si connu et si aimé. Les textes et les articles publiés entre 1925 et 1930 ont un caractère religieux, bien qu'ils changent à partir de 1929 pour devenir plus critiques et contre l'hypocrisie de la société catholique. La plupart des œuvres pour l'enfance et la jeunesse sont la conséquence de la Guerre Civile Espagnole. Carmen Conde commence une nouvelle vie et prend le chemin de la recherche du temps passé pour ne pas perdre la fille qu'elle était.

Mots-clés : Didactique; critique sociale; moralité; religion; culture populaire; Carthagène.

* III Congreso Etnográfico Nacional del Campo de Cartagena dedicado a la «Religiosidad Popular en el Campo de Cartagena. El monasterio de San Ginés de la Jara». Cartagena, 24, 25 y 26 de octubre de 2012.

** Email: mvictoria.martin@murciaeduca.es.

INTRODUCCIÓN

Desde 1928 una parte importante de la vasta producción literaria de Carmen Conde, escritora y académica de la Real Academia Española nacida en Cartagena en 1907, está dedicada a la infancia y la juventud. En este ámbito de su producción se descubre un estilo muy personal en el que destacan textos donde siempre están presentes la crítica social, la didáctica, la moral, la religión y la cultura popular.

En más de una ocasión, al hablar de esta faceta de la escritora –más conocida como poeta– no he dudado en afirmar que, posiblemente, sea en la literatura para niños y jóvenes donde la hallamos más verdadera, pues es aquí, en la dedicación a las *personas menores*, donde Carmen Conde hace converger a la poeta, la narradora y dramaturga para tratar asuntos de carácter social en clave de humor o de sátira hábilmente planteada; donde puede ejercer como la madre que no fue y rodearse de los hermanos que no disfrutó; donde le es fácil recordar su formación como maestra y su breve experiencia con la infancia escolar durante su juventud para transmitir saberes convirtiendo los textos en objetivos didácticos; donde puede situarse en su tierra para recorrer su paisaje y, también, trasladarse hábilmente desde el mar levantino al paisaje castellano limando con tonos lúdicos y tratamientos gráciles el horror de la Guerra que la arrancó de sus raíces. En suma, la literatura infantil y juvenil es, en Carmen Conde, el vínculo con su tierra porque tanto el contexto como los personajes que interactúan en él pertenecen a un espacio y un tiempo que concentran sus primeros treinta intensísimos años de vida, sus principales e inolvidables vivencias, el despertar a todas las pasiones de la vida permitiéndole, además, el diseño de escenarios dialógicos permanentes en los que ella, omnipresente y multiplicada en voces diferentes, es realmente la protagonista más absoluta.

Esos escenarios de tertulia y diálogo generados en los textos infantiles o juveniles derivan en una situación comunicativa donde el receptor múltiple, los niños y niñas, escuchan a un emisor adulto en un ambiente distendido, afectivo y propicio a la conversación durante la reunión familiar o de amigos en casa, en la escuela, en un parque.

Por otro lado, teniendo en cuenta que Carmen Conde es una magnífica conocedora del folclore y de la tradición oral, que sin duda es su inicio en el aprendizaje de la Literatura, podemos afirmar que en la producción infantil y juvenil la escritora escribe lo que siente y los textos de tradición oral emocionantes de su infancia aprendidos y vivenciados deben seguir transmitiéndose en su estado más puro. En este sentido, podemos distinguir en la producción de Carmen Conde para niños y jóvenes una serie de valores significativos propios de la Literatura de transmisión oral, que se caracterizan por:

- Estar formalmente bien contruidos. Carmen Conde es una defensora de la redacción perfecta y en esto no diferencia a niños de adultos.
- Ser estéticamente bellos, dando una oportunidad para educar desde el punto de vista literario.
- Ser éticos, para dar la posibilidad de construir las conductas morales deseadas.
- Todos tienen un carácter sociológico y se identifican con elementos del patrimonio cultural común, de ahí su hincapié en la cita con el arte, la literatura y la historia pero también con el conocimiento, por ejemplo, de los cantos y costumbres populares.
- Varios de los textos tienen un carácter lúdico para propiciar un acercamiento que permite la educación en el oyente, como una forma de acceso, de apropiación y de provocación de las conductas deseadas, de los aprendizajes pretendidos.

INFLUENCIA DE LA RELIGIOSIDAD Y LA CULTURA POPULAR DE CARTAGENA EN CARMEN CONDE. RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS REFERIDOS A LA INFANCIA Y JUVENTUD. PRIMEROS TEXTOS JUVENILES EN LA PRENSA

Advirtamos desde el principio que la educación recibida por Carmen Conde es decisiva en su obra. Su madre, Mari Paz Abellán, mujer de grandes convicciones religiosas, fue educada por las monjas del colegio San Miguel, al que también asistirá Carmen, como recuerda en su biografía¹ y se asevera en los cuadernos manuscritos por la madre de la escritora: «Mi infancia la pasé en el colegio San Miguel hasta los diez u once años... Me gustaba mucho la enseñanza de las monjas, tanto es así que luego lo demostré llevando a mi hija Carmen...».² De la madre, Carmen Conde recibe el fervor y la devoción por la Virgen del Carmen y por Santa Teresa. El libro *Al encuentro de Santa Teresa* se inicia con la siguiente dedicatoria: «A mi madre, pues a ella le debo amar tanto a Santa Teresa, cuyo romance me cantaba en mi niñez».³

De sus recuerdos infantiles, utilizados en diferentes relatos autobiográficos, Carmen Conde recoge personajes y escenas que aportan datos sobre la influencia de la religiosidad popular en su vida y obra, como el dedicado a «El

1 CONDE, Carmen: *Por el camino viendo sus orillas* (I), Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1986, p. 23.

2 Cuadernos manuscritos por M. Paz Abellán, madre de Carmen Conde. Archivo-patronato Carmen Conde-Antonio Oliver, Cartagena.

3 CONDE, Carmen: *Al encuentro de Santa Teresa*, Editora Regional, Murcia, 1987.

Verano», un ciego mendicante que se gana la vida cambiando romances y oraciones por monedas u otros regalos: «Y llaman a la puerta de la calle y sale la cocinera Angelica a la escalera para tirar del cordel que abrirá paso (...). Lento, con algunos ligeros golpecitos acompañantes, sube el ciego con su guitarra (...). El Verano es un buen hombre entrado en años, que va de casa en casa (“sus parroquianos”) a cantar oraciones. Recibe unas monedas, otros regalitos, y se va dichoso de ganarse la vida alegrando a la gente con su guitarra y su honrada voz devota. Fue el primer cantante que oí en mi vida».⁴ Carmen Conde se recrea en el recuerdo de aquel humilde hombre trayendo a las páginas de sus relatos algunos versos dedicados a San Antonio de Padua y a la Virgen del Carmen («De la oración a la Virgen del Carmen, mi gloriosa Patrona, sólo conservo el resplandor de uno de sus relámpagos, pues era en medio de una tormenta como Ella actuaba».⁵ Del mismo modo, evocando su vivencia infantil en Cartagena, vuelve a recordar a su madre en un texto titulado *Ejemplicos*: «Contaban a mi infancia muchas historias breves que la voz materna llamaba “ejemplicos”. Convencida vivo de cuánta moral forjaron».⁶

Otro recuerdo materno destacable para el tema que nos ocupa es el siguiente: «yo desde niña, viví junto a mi madre, que estaba llena de una gran fe y esperanza cristiana y católica. Desde muy niña, mi madre me acostumbró a ir con ella a la iglesia tanto para oír novenas como a todas las fiestas religiosas que se celebraban allí».⁷ Pero, además, la escritora recuerda la celebración de festividades religiosas como la del día de San Antón, que nos cuenta en *Júbilos*, su obra para la infancia de 1934:

«Llegó el día de San Antón, cuando bendicen a los burros y a los caballos... Toda llena de borlas lujosísimas, empavesada cual navío, llevó a los niños al barrio gitano, donde se celebraba la fiesta. Recibió con gran atención la bendición del señor cura y trotó alegremente, Alameda abajo, para llegar al muelle».⁸

Hay otros momentos recordados relacionados con la memoria de lo religioso y tradicional-popular vivido y aprendido, como su recuerdo de la primera

4 CONDE, Carmen: *Por el camino viendo sus orillas (II)*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1986, pp. 13-15.

5 El texto *El Verano* aparece en diferentes épocas y publicaciones: *Empezando la Vida: Memoria de una infancia en Marruecos, La Rambla, Por el camino viendo sus orillas II*; aparece también en prensa diaria: *Ya*, Madrid, 24 de junio de 1979, secc. De la Memoria y otros cráteres.

6 Op.cit., p. 146.

7 GUTIÉRREZ VEGA, Zenaida; GAZARIÁN-GAUTIER, Marie Lise: *Carmen Conde, de viva voz*, Senda Nueva de Ediciones, New York, 1992, p. 68.

8 CONDE, Carmen: *Júbilos*, Ed. Everest, Colecc. La Torre y la flor, León, 1990, p. 64.

comuni3n en Melilla en el que tiene presente los objetos rituales enviados desde Cartagena:

«Desde Cartagena, las primas mandaron los regalos para la gran ceremonia: el traje blanco, el velo, los guantes, la coronita de flor chiquitísima, la limosnera y la ropita interior...; en aquel momento representaban los lazos con la patria y con la familia distante».⁹

Otras obras, como la narraci3n *Cobre*, de car3cter autobiogr3fico y narrada en primera persona, nos conducen a un largo paseo f3sico por el entorno urbano y paisajístico de su adolescencia y juventud. En el relato *Destino hallado* la escritora ofrece otros recuerdos sobre el fervor hacia la Virgen del Carmen y los cuatro santos cartageneros, en especial Santa Florentina que son referencias a su tierra, provocadas en la obra para recreaci3n del pasado amado:

«Despu3s se encontraba una con la calle amplia y casi hermosa colocada bajo la advocaci3n de la patrona de las almas en el Purgatorio. En esta calle estaba la iglesia donde se casaron mis padres y nos bautizaron a nosotros tres (...). De ella partían calles laterales... Nosotros tomamos una, llamada con el nombre de una ilustre santa local, de la 3poca visigoda nada menos, para ir a la nuestra...».¹⁰

En el mismo relato hallamos datos de la religiosidad popular relacionada, esta vez, con las ofrendas. El pueblo al que se refiere la siguiente cita es Santa Lucía:

«Un pueblo sucio, legañoso, un pueblo que despreciaba la ciudad con injusto asco, se movía por allí: en cuevas, en casuchas inmundas. Aquel pueblo llamado como uno de las orillas napolitanas, tenía un templo pequeñito, con su Patrona, y ante ella me llevaron, de chiquita, para ofrecerle unos relucientes ojos de plata. Ahora me doy cuenta de que aquella ofrenda debió tener un significado especial; ¿tendría yo malitos los ojos? En mi familia hubo ciegos, hay ciegos aún. Hombres que se quedaron ciegos súbitamente, unos por algo que se llamaba gota serena...».¹¹

No podía faltar en su obra-vida la referencia a una de las manifestaciones más fervorosas de la ciudad: la Semana Santa, de cuyo ambiente participó mientras vivió en Cartagena. Hay en sus recuerdos un emotivo Viernes Santo, el de 2 de abril de 1920, cuando regresa a Cartagena dejando atrás varios años de estancia en Melilla:

9 CONDE ABELLÁN, C.: *Empezando la vida*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1979, p.131.

10 CONDE, Carmen: *Cobre*. Colecci3n El Grif3n, Madrid, 1954, págs. 51-52.

11 Op.cit., pp. 31-32.

«Mi niñez asomada a la pubertad, recibía ya el clamor enamorado de los alhelíes, de los claveles, calientes todas las flores por las temblorosas luminarias de aceite puro de oliva, sobre cuya piel ardía la lengüecita frágil y resistente de la llama encerrada en copa de cristal opaco. (Y crean los que ahora ven las procesiones, que será más “brillante” la luz eléctrica pero que no puede compararse a la belleza menuda y parpadeante de aquellas candelas de mi recuerdo)». ¹²

La evocación de ese día y de otras Semanas Santas son el origen de algunos textos como el poema dedicado al San Juan de Salzillo: «Junto a mi balcón tu trono caliente, / puro y esbelto San Juan / ardido de lámparas y flores / incluidas en mis ojos / tu voz verde...»; ¹³ o el texto *Alhelí*:

«Se ha llenado mi órbita de olores alhelíes. Es un aire espeso, condenso, dócil a mi impaciencia de mucho perfume... Creen mis sentidos que estamos todos en Semana Santa, que son días levantinos de extraordinaria floralidad caliente, pues van alegres santos en sus troncos por plazas y cuevas volcados de alhelíes sobre luces de aceite ardiendo madrugada...». ¹⁴

Otros textos juveniles de Carmen Conde, sus primeros acercamientos a la Literatura, recogidos en la prensa local entre los años 1925 y 1926 y conservados en un dossier del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver, titulado *Horrendos principios literarios que guardaba mi madre*, nos acercan más a ese fervor popular hacia la Virgen de Los Dolores o la Virgen de la Caridad, patrona de la ciudad y son muestra del peso de la religión en su vida diaria. Carmen Conde, colaboradora activa en los servicios de la Iglesia, expresa en sus textos literarios juveniles, firmando como Hija de María, la participación y el sentir popular en la adoración a la Patrona de Cartagena, en sus llamadas petitorias de tono siempre exaltado y lacrimógeno, en sus salves y loas, o en su defensa de la Casa de la Misericordia y la Iglesia de San Diego:

«¡Oh bonita Iglesia de San Diego... Porque yo no podré olvidar que en los altares de María Inmaculada he recibido la Sagrada Eucaristía, el pan de los ángeles que conforta y fortifica (...) Una ayuda, una cariñosa ayuda! Que la casa bella, grande y bendita de la Misericordia, es el orgullo más grande que podemos tener los cartageneros. Ella y el admirable Hospital de Caridad». ¹⁵

12 CONDE, Carmen: «Evocando. Poema a San Juan de Salzillo», *El Noticiero*, 20 de marzo de 1959. Semana Santa, Número extraordinario, Cartagena.

13 CONDE, Carmen: «Poema a San Juan», editado en *Sudeste*, Cuaderno de literatura universal, Murcia, julio de 1931, p. 11.

14 CONDE, Carmen: *Por el camino viendo sus orillas (I)*, 1986, pp. 75-76.

15 CONDE, Carmen: «La Casa de la Misericordia», *El Eco de la Milagrosa*, septiembre de 1926. Cartagena.

Otros textos fervorosos son los titulados «Consolatrix afflictorum» (*Cartagena Nueva* 30 de mayo 1925), «A los hijos de María de Cartagena» (*El Eco de la Milagrosa*, 8 septiembre de 1925), «Glorioso Aniversario de la Coronación de la Virgen de La Caridad» (*Cartagena Nueva*, 17 abril 1926), «La Milagrosa. Mes de todas las flores» (*El Eco de la Milagrosa*, mayo 1926), «La ofrenda de España a la Virgen del Sagrario. Preparando la Coronación» (*El Castellano de Toledo*, 1 de junio 1926), «A la Virgen de Los Dolores» (*El Porvenir*, 10 de marzo de 1927).

EVOLUCIÓN DEL SENTIMIENTO RELIGIOSO EN SU VIDA Y CÓMO SE TRADUCE EN SU OBRA JUVENIL

A partir de 1927 la religiosidad, en torno a la cual proyectaba parte de su vida, evoluciona. Varios factores influyen en este progreso: el conocimiento de poetas, artistas, escritores vinculados a la Generación del 27 en Murcia y Cartagena, y la nueva etapa de formación universitaria. En su obra, la devoción y el fervor a la Virgen ceden paso a la admiración y exaltación del paisaje: Naturaleza, cielo, estrellas, molinos, campo, mar, campanas, en suma, realidad natural. Es la obra de *Brocal* y otros poemas juveniles que dejan atrás la exclusividad eclesial, la melodramática escritura petitoria y declamatoria para la iglesia y sus fieles.

En 1929 encontramos un texto nada común en la incipiente obra de Carmen Conde, «Poemas de velatorio», una puesta en escena en la que se enjuician las costumbres establecidas relacionadas con la religión, describiéndolo con tono mordaz e irónico y consiguiendo un resultado de comicidad y humor negro extraordinarios. La observación y expresión del detalle nos permite recoger todos los elementos relacionados con el velatorio tradicional en la primera treintena del siglo XX, del que se burla la autora, quien, por cierto firma con uno de sus seudónimos menos conocido, Sachka Yégulev.¹⁶

Al llegar 1931, su apasionamiento por la República y por la obra social y pedagógica que inicia con su novio, después marido, el poeta Oliver Belmás, le hacen rechazar la actitud servil religiosa de la que ella misma participara convencida en años anteriores. Muestra de ellos son los textos de *Por la escuela Renovada*:

«Sabemos que hay pequeñas instituciones educacionales donde por la graciosa dádiva de la aristocracia pueden recibir raquífica enseñanza unos cientos de muchachas, criadas en

16 CONDE, Carmen (Sachka Yégulev): *Poemas de velatorio*, Publicado en Gutiérrez, Madrid, 15 de junio de 1929.

su mayor parte (...). A lo único que aprenden es a rezar. Porque en estos centros no faltan ni el cura ni la monja, si no es que estas clases se dan en los mismos conventos, regidas y orientadas por ortodoxos (...). Nosotros simpatizamos con la enseñanza laica. Y hasta vemos en la educación religiosa, generalmente, un peligro espiritual. Pues la educación religiosa es coactiva, jamás independiente, y con ella se obtiene la saturación del "yo", tan importante (...). A las mujeres, –a las que exclusivamente nos estamos refiriendo–, no hay que enseñarlas premeditadamente a ser sumisas, pasivas, negadas...».¹⁷

Hay en el tratado pedagógico revolucionario de Carmen Conde un capítulo dedicado al cancionero infantil, como propuesta de mantenimiento de la tradición oral a través de las canciones y, con ello, una honda preocupación por los juegos infantiles que manifestará varias veces a lo largo de su vida:

«Las niñas cantan en las calles, barómetros de la primavera, con un hondo sentido de la alegría (...). Una aclaración es precisa: en las mayorías de las escuelas no se canta; y en las que se canta, se hace muy mal (...). ¿Qué cantan las niñas? Las niñas del sureste cantan con un inefable sabor de huertos y de ríos. Sueltan el pañuelo de sus júbilos, y en la marina, con el concierto de sirenas y molinos, la voz es de una cordillera en la que se columpian banderas de distancia. Dicen las niñas de las riberas:

Pinto, pinto, mataremos un corderico: / Tú de oro, / Tú de plata; / Tú serás la reina infanta.

La Virgen se está peinando / Debajo de la Alameda, / Sus cabellos son de oro; / Las cintas de primavera...

Las doce están dando / Y el niño llorando: / –¿Por qué llora el niño? / –Por una manzana. / –Yo le daré una, / yo le daré dos: / una, para la Virgen, / otra, para el Señor, / y otra para el niño / que está en la labor.

Las niñas que cantan frente al mar prefieren los romancillos que traen viajeros y lejanías:

Estaba una niña / Bordando corbatas, / Aguja de oro / Y dedal de plata. / Pasó un caballero / Pidiendo posada. / –Si mi madre quiere / Yo le daré entrada.

A la verde, verde, / A la verde oliva. / Había un padre / Que tenía tres hijas, / Y a las tres mandaba / A la fuente fría...».¹⁸

La escritora concluye el capítulo reclamando utilizar el folklore con buen gusto comenzando, por ejemplo, desde el cancionero en la escuela. Tras esta declaración y protesta social se sucederán otros textos, como el hallado en un manuscrito también de 1934, *Divagaciones en el vacío. Los pobres y los niños en los programas de festejos*, que conecta perfectamente con la religiosidad y costumbres populares que tratamos. El texto es un manifiesto personal contra la vergüenza de los programas de fiesta que incluyen tradicionalmente el acto del

17 CONDE, Carmen: *Por la escuela renovada*, Cuadernos de cultura, Valencia, 1931. Vid. también este artículo en diario *Informaciones*, Madrid, 1930, p. 8, secc. De, por, para las mujeres.

18 Op. cit., pp. 81- 83.

«reparto de pan» a los pobres, lo que le parece tan insultante que no duda en pronunciarse abiertamente contra la clase alta de la sociedad:

«¡Qué gran descanso en las conciencias; qué hermosa satisfacción del alma! A esa hora de la mañana no molestará mucho verles en fila, desastrados, tracomatosos, escuálidos, con su gran bolso mugriento en donde echarán el pan tierno. A esa hora las lindas muchachas que adornan los paseos, los jardines, las alamedas, estarán en sus casas limpias y frescas soñando con la hora del atardecer (...). Entre tanto los pobres reciben su pan, el pan que les corresponde por ser el día del festejo local. Y alegremente dichosos del recuerdo que para ellos ha tenido la comisión organizadora, no sienten calor, ni las moscas, ni el cansancio, ni la desesperanza, ni la tristeza de ver que a otro día, como ya no será festejo, no tendrá pan...»

Continúa el alegato contra estas acciones marginadoras. Pero también refiere cómo son estas fiestas populares para los niños:

«¿En qué suelen consistir las fiestas de los niños organizadas por las personas mayores de enfiada infancia distante, de seco corazón que fue capaz de entregar pan a los hambrientos porque era día de festejo? Seguramente, ¡ay!, la fiestecita de los niños consistiría en elevación de globos grotescos (hablo recordando los vistos en mi infancia), en charanga, estrepitosa, en puestecillos de avellanas y altramuces, etc. Muchos soldados y niñeras paseando a los pequeños mientras las familias se arreglan para acudir a la verbena que por la noche, como resumen del maravilloso día celebrarán las personas sesudas y graves que todo lo disponen en las provincias y en las capitales. ¡Fiesta de los niños! Cuentos de hadas, relatos de vidas inútiles a la humanidad, conciertos selectos de música, canciones inefables que ellos mismos cantarían, paseos por el mar, por las montañas; cine maravilloso, caramelos de hojita de violeta y cabecitas de pierrots! Pero ¿qué saben ellos del festejo del pan a los pobres, del alma de los niños? Lo espantoso es que ésta se endurece, mal trabajada, y de ellos salen otros que (cada vez menos hay que gritarlo), a su día dirigirán festejos con la misma estulticia».

Aún continuará su texto-denuncia diciendo «denunciamos a la sensibilidad pública el depresor espectáculo citado».

A partir de 1939 Carmen deberá dedicar, necesariamente, bastante tiempo a la literatura para niños y jóvenes, si bien privada de la libertad de expresión, de manera totalmente adoctrinadora, aferrada a la fe católica, difundiendo los valores patrios, utilizando un discurso emocional muy similar al que usara en su juventud anterior a la República. Ahora la censura la vigilaba, pero lo aprendido durante su niñez, la formación moral, la creencia religiosa incluidas en la literatura infantil y juvenil, junto a las amistades eclesíásticas, se convertirían en su tabla de salvación. El vínculo con Cartagena y su comarca estará presente, como veremos, en el recuerdo emocionado de aquellos primeros años del siglo XX.

LITERATURA PARA NIÑOS Y JÓVENES: TRADICIÓN, RELIGIOSIDAD Y DIDÁCTICA

En 1928 Carmen Conde realizó un estudio sobre la presencia de los niños en la Literatura española que llegó a presentarse al concurso nacional de Instrucción Pública y Bellas Artes con una antología poética para niños titulada *Atlas de lecturas* recogiendo textos de autores de habla española para un libro destinado a los niños. Pero habremos de esperar a 1934 para conocer el primer libro de Carmen Conde dedicado a los niños, *Júbilos*, publicado por Sudeste (Murcia) y prologado por Gabriela Mistral. *Júbilos* es más un libro sobre niños que para niños y, en su conjunto, es una denuncia mitigada y afable sobre el abandono al que se ve sometida la infancia analfabeta de los niños sin escuela de los barrios y pueblos de la comarca del Campo de Cartagena, sin olvidar la referencia directa a la pobreza como la historia del niño Paco que, perdido, termina sus pasos en la Casa del Niño donde es acogido por el comedor de beneficencia.

Desde 1939 podemos hablar de una *literatura de supervivencia* en Carmen Conde. Porque desde que ese año se estableciera en Madrid, huyendo de Murcia donde era buscada por delitos de auxilio a la rebelión al haber publicado en revistas antifascistas, escribe para sobrevivir –durante mucho tiempo escondida– asuntos no censurables, siguiendo las pautas incuestionables de la época, acatando las condiciones implacables de la censura. Pero, al fin y al cabo, su pasado de probada confesionalidad católica, sus excelentes relaciones con instituciones humanitarias como la Cruz Roja y las amistades tanto en Murcia como en Madrid con personas afectas al nuevo régimen –los Alcázar-Junquera, especialmente– le sirve para compensar su provocativo republicanismo.

En efecto, la producción literaria infantil y juvenil de la década de los 40 en España se caracteriza por una gran pobreza de temas y de escritores. Con el régimen dictatorial recién estrenado se debían fomentar virtudes que colaboraran a la difusión y afianzamiento de las nuevas ideas a través de la religión o el amor a la patria, entre otro tipo de censuras y represiones. Por tanto las publicaciones más frecuentes serían las vidas ejemplares de santos, santas, héroes o heroínas que pretendían influir en la nueva concepción didáctico-pedagógica sometida a la ideología dominante. Sin embargo hemos de pensar que, para Carmen Conde, escribir cuentos y textos para niños y jóvenes con acentos moralistas, religiosos, adoctrinadores, no se debe exclusivamente a una imposición oficial de las líneas editoriales al servicio de un gobierno censor, sino que verdaderamente le resultó fácil exponer a sus personajes a las lecciones que marcaron y dirigieron su vida provinciana aunque en años venideros recorriera el mundo entero. Así, al principio, en 1941, escribe junto con su marido Antonio Oliver

Belmás y al amparo del editor amigo José Ballester en *Solaces Infantiles*.¹⁹ Era ésta una página del diario murciano *La Verdad* para el público más joven cuyo contenido lo constituía una oferta variada de información sobre cuestiones de interés para la infancia en donde cabían: recortes sobre animales, concursos infantiles sobre juegos de lenguaje o dibujos o acertijos, encuestas recogiendo la visión de los niños sobre el campo o el mar, informaciones sobre los juegos de los niños en diferentes lugares del mundo, curiosidades científicas, históricas y noticias de contenido social relacionado con las escuelas, los niños o la cultura. En varias de las páginas de *Solaces Infantiles* hallamos explicaciones sobre los juegos populares tradicionales de la zona levantina, como el del aro, el de la peonza, el de la comba, el del paso, el de las chinas, el del corro o el de las bolas; también explicará Minguillo, personaje prototipo del niño murciano y protagonista de estas páginas, los juegos del chinchemonete, el de la perdiz, el del molinillo de papel, el del chicote correa, el juego de los colores o el juego del marro.

En *Solaces Infantiles* Carmen Conde publica los primeros relatos de *Doña Centenito*, *gata salvaje* y asistimos al preestreno de *Chismecita*, una chiquilla al estilo de Celia y Antoñita, pero más formada culturalmente, más madura, con ideas sociales y morales propias, aunque sin salirse del patrón de conducta permitido, pues *Chismecita* estuvo amenazada de ser retirada de la circulación editorial («La censura contra *Chismecita!*», escribe en nota de diario el 10 de diciembre de 1943). Todos los textos de *Solaces Infantiles* se convertirán en una fuente de recursos para el resto de publicaciones dedicadas a la infancia a lo largo de su vida: en la sección infantil *Nana*, *nanita*, *nana*, de la *Esfera Literaria*, o las ediciones infantiles del programa *El tambor*, de Radio Nacional.

En 1942 Carmen Conde, que empezaba a publicar en *Alhambra* y *Hesperia*, consigue una buena relación con el Padre Xenaro Xavier Vallejo, director de la revista *Catolicismo* y director de la organización teatral juvenil titulada *Lope de Rueda*, dependiente de la subsecretaría de Educación Nacional. Igualmente, la revista *Catolicismo* –revista española mensual de las misiones pontificias– le abrirá sus puertas y su confianza. En 1943 Carmen Conde, Florentina del Mar, se lanza a otra aventura editorial: Los relatos históricos para niños y jóvenes *Don Juan de Austria* y *Don Álvaro de Luna* publicados por la editorial *Hesperia*. Destacamos de la obra *Don Juan de Austria* una digresión referida a Cartagena y una de las estampas más emblemáticas y características que señorearon su campo en el siglo pasado, el molino de velas:

19 V. recortes de prensa de *Solaces Infantiles*, página infantil del diario *La Verdad*, año 1941. Archivo Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver, Cartagena.

«Acudió a Cartagena como capitán general de las galeras del Mediterráneo (...). Cartagena, en 1568, ardía en fiestas celebrando la presencia de Don Juan. En el puerto que tanto alabaron Tito Livio y Polibio, estaba anclada la nave capitana (...). Cartagena, ciudad de marinos ilustres, que vería más tarde al poeta marino Don Luis Carrillo de Sotomayor asomado a las murallas de la Puerta de la Villa; que recibiría a Cervantes en sus andanzas de alcaballero; patria de varones tan preclaros como Isidoro y Leandro de Sevilla, oyó sobre sí los pasos de Don Juan, que la recorrían recordando los de Aníbal... ¡Cuántas veces se detuvo Don Juan a considerar el secreto funerario de la Torre Ciega, que es piedra sobre piedra en la calzada romana que él seguía gran trecho cuando se internaba para acudir a San Xínés de la Xara! (...). Cuando tocó en Barcelona supo la muerte de Don Carlos. Regresó a Madrid por Cartagena, y dicen que al meterse a pleno sol por sus campos llanos y hallar en ellos esos maravillosos molinos de velas blancas, redondos como jazmines que vuelan, creyó que aún iba por el mar y que las que se movían eran las velas de sus audaces barcos».²⁰

Hasta 1988 Carmen Conde no deja de dedicarse a la infancia con muchas y diferentes publicaciones de carácter didáctico, religioso y adoctrinador (*Belén, auto de Navidad, Cuentos para niños de buena fe, El mundo de Cayetano, los Villancicos de Despertar...*, etcétera), sin referencia explícita a su niñez, sin localismos ni provincianismos, aunque con claro origen en las vivencias de su infancia, como nos cuenta su biografía.

LA RAMBLA

Una mención especial hay que concederle al libro de relatos *La Rambla* que, no siendo concebido para jóvenes, sí está perfectamente adecuado para su lectura en estas edades preadolescentes y otras edades adultas. *La Rambla, Creció espesa la yerba, Empezando la vida y Destino hallado* se inscriben en el conjunto de obra inspirada en el tiempo recordado. Pero mientras estos tres últimos constituyen verdaderos relatos autobiográficos o biografías noveladas, donde la finalidad de la obra es el estudio psicológico del protagonista que se busca a sí mismo, *La Rambla*, constituida por cuatro historias yuxtapuestas –alguna de las cuales se publicaron en la prensa de posguerra como historias independientes–, se inspira en el recuerdo de aquellos «ejemplicos» maternos que tanto le han servido en su literatura para la infancia. En esta obra los personajes acuden sin protocolos, de manera natural, a la tertulia-velada, desarrollada esta vez en una tienda del barrio de Santa Lucía, al calor de unas láguenas de tinto jumillano tratando temas característicos de la obra carmencondiana: la muerte y el más allá, las relaciones humanas, el amor, la tristeza, las emociones, la conciencia, el arre-

20 DEL MAR, Florentina: *Don Juan de Austria*, Colección Cuentos históricos, Ed. Hesperia, Madrid, 1942, pp. 46-48.

pentimiento, la amistad y solidaridad, la justicia divina y humana. Pero esta vez hay elementos muy diferentes a los acostumbrados. Veamos:

a) El escenario donde se desarrolla la historia: un pueblo de pescadores y mineros, concretado en un lugar común: la tienda de ultramarinos, que contextualiza la obra desde la primera página. Durante el día el servicio es de comercio usual, los personajes son mujeres y niñas. Por la noche se convierte en taberna, se bebe vino. La tienda es el referente inmediato para todos los vecinos, la enseñanza y la información mediante la transmisión oral parte desde la tienda. Durante el día las vecinas cuentan, la tendera o el tendero son los que moderan durante su ejercicio de venta. Se alude a la importancia que tiene el sábado como día destacado entre el resto de la semana:

«Los sábados las mujeres pagan –no todas, desde luego– lo que se llevaron durante la semana: habichuelas, arroz, tocino, garbanzos, atún de tronco o de ijada (salazón que gusta mucho al pueblo levantino), olivas, jabón de lavar... Lavar es difícil porque el agua se encuentra polarizada en unas pocas fuentes del barrio alrededor de las cuales han de montar guardia los pozales esperando llenarse. Y las chiquillas son las encargadas de velar por sus derechos mientras las madres guisan, friegan, sacan los trastos al sol de la calle y cambian impresiones unas con otras».²¹

b) Los oficios que tienen los personajes del relato son: marineros, mineros, arrieros, pastores. Hay referencias a oficios de mujeres como lavanderas:

«Y vivía en Canteras con su madre. Las dos eran lavanderas, como, en un tiempo, muchas mujeres de allí. Lavaban las ropas de los vecinos de Cartagena, carentes de agua hasta para beber. Bajaban los lunes a la ciudad y visitaban las casas donde, bajo lista, les entregaban ajueres que tenían que devolver, limpios, los viernes. En sacos enormes y a lomos de sus burras, se los llevaban y traían fielmente. Solía venir muchas veces, mezclado a la ropa limpia, un fuerte olor de campo; y hasta semillas de hierbas secas bienolientes. Se valoraba el trabajo por cuartos, moneda que –teóricamente– servía para eso: una camisa, tres cuartos; un pañuelo, un cuarto...».²²

En la misma página hallamos una referencia al oficio de la mujer cartagenera empleada en la fábrica del cristal de Valarino.

c) La religiosidad popular viene vinculada a las festividades religiosas, a la referencia a los santos, expresiones, ceremonias, descripciones de estancias, acciones, etc. Veamos:

21 CONDE, Carmen: *La Rambla*. Ed. Magisterio Español, col. Novelas y cuentos. Madrid, 1978, p. 27.

22 Op. cit., p. 69.

c.1. Referencia a la fiesta de Santiago:

«En la fiesta de Santiago, cuando bogaban las barcas en procesión por el puerto, siguiendo la del santo y cubriendo de flores las aguas por donde pasaba, Paco logró confesar a Rosa que se quería casar con ella».²³

c.2. Referencia a San Miguel, como pretexto para narrar un suceso real (una inundación) y un hecho histórico (la llegada de las aguas del Taibilla), además de explicar la climatología:

«Por San Miguel llovió mucho durante unas horas en Cartagena. La gente se atemorizó porque tenía presente otro San Miguel que causó una tremenda inundación y multitud de víctimas (...) Meses antes se obtuvo tanta esperanzada seguridad en la resolución hídrica, que hasta se celebró un pomposo banquete municipal y en él se bebió (a la salud de los ediles que trabajaban en el asunto) agua del Taibilla, previamente envasada y traída desde el embalse para brindar con ella en el acto. Cartagena la sedienta se animó, con sus campos, viendo que se acercaban óptimos riegos a través de aquellas botellas simbólicas».²⁴

c.3. Referencia a los Cuatro Santos cartageneros:

«Un muchacho de aspecto débil, rubio y con gafas, que vivía en una de las cuatro esquinas habitadas por las imágenes de los Cuatro Santos cartageneros: San Leandro, San Isidoro, San Fulgencio y Santa Florentina, hijos de los duques de Cartagena que tuvieron su palacio en la Puerta de la Villa...».²⁵

d) Los gestos, expresiones y rituales: como el santiguarse ante la sorpresa de un hecho, la escucha se producen en actitud religiosa:

d.1. «Estaba el barrio con todo su vecindario en éxtasis... Las viejas se santiguaban rezando un rosario por su intención... los chiquillos fueron en grupos tácitos, a la iglesia a contemplar una gran imagen de la Virgen del Carmen sentada sobre un haz de ánimas rodeada de llamas purgatorias... Santa Lucía seguía impávida aquel desfile de menudos feligreses...».²⁶

d.2. «Cuando se reintegraba a la parroquia andaba preocupado y con paso lento; al empezar súbitamente a llover, se santiguó y echó a correr. Como lo cuento».²⁷

d.3. «Y me quedé más solo que las ánimas benditas...».²⁸

23 Op. cit., p. 70.

24 Op. cit., p. 113.

25 Op. cit., p. 85.

26 Op. cit., p. 56.

27 Op. cit., p. 85.

28 Op. cit., p. 98.

d.4. «Dos barcas que salieron de pesca naufragaron al regreso, muy cerca de Escombreras. Sólo se salvaron cinco de los catorce hombres que iban en ella. El barrio estuvo de duelo y se echaron coronas de flores sobre el punto en que (según informe de un centinela del castillo de Galeras) se hundieron...».²⁹

d.5. La ambientación de una alcoba presidida por imágenes religiosas: «La alcoba con su gran cama de matrimonio, su mesilla de noche sobre la cual se erguía el juego de la botella y vaso de agua, y de cuyo más extenso lienzo de pared pendía una estampa de San José, abogado de la buena muerte...».³⁰

e) La celebración de días festivos es rutinaria:

«Los días de fiesta se iban al faro, en invierno por las mañanas y en verano por las tardes. Llevaban un capazo con sus provisiones: atún de ijada, huevos de melva secos, habas cuando las había, tortilla de chanquetes y sandías... Paco pescaba. Rosa recogía los peces en un bolso de hule...».³¹

f) La acción y servicios de la iglesia están presentes en varios momentos: celebración de ceremonias (bodas y bautizos), la presencia del párroco para interceder en asuntos, la campana como símbolo:

f.1. «En pocos días se corrieron las amonestaciones, se acomodó un hogar pobre y decente y Santa Lucía aprobó aquel concierto desde su altar parroquial una tarde de septiembre. Se subieron al carro y se fueron a San Pedro, a cenar en el rompeolas; delante de ellos afirmaba su alegría la luz blanca del faro de Escombreras».³²

f.2. «Para preparar como Dios manda semejante bautizo, había que comprar un trajecito de cristianar en el callejón de Campos, en Cartagena, en una tienda –la de Juanito, rubio y delicado tendero– que hacía esquina con la calle Jara».³³

f.3. «Una tarde, cuando menos podía esperarlo, el señor cura párroco en persona llamó a la puerta de Paco».³⁴

f.4. «Llevó aquella frágil criatura al señor cura, que se santiguó para que Dios le iluminara su cerebro en aquel trance, ya que había que encontrarle acomodo al ser que repudiaba su propia madre». «Y el buen sacerdote suspiraba aliviado al ver que la miseria no es bastante fuerte contra el buen ánimo maternal».³⁵

29 Op. cit., p. 109.

30 Op. cit., p. 88.

31 Op. cit., p. 70.

32 Op. cit., p. 70.

33 Op. cit., p. 112.

34 Op. cit., p. 85.

35 Op. cit., pp. 109-111.

f.5. «Las campanas de la iglesia enarbolaron su alarma».³⁶

g) La superstición y ofrenda también está presente en el capítulo dedicado a las ánimas del purgatorio en procesión mortuoria,³⁷ en la que el cabrero repite: «¡Por la gloria de las Ánimas benditas del Purgatorio!»

h) El recuerdo de los cantos populares como la cartagenera o los personajes como Rojo el Alpagatero, Chilares o El Verano, son casi de obligada presencia en las referencias a Cartagena en la obra de Carmen Conde, amante y conocedora del canto minero al que dedica bastantes letras a lo largo de su vida.³⁸ Al recuerdo de la mina, los mineros y las letras del canto por cartageneras dedica abundantes páginas en el relato de *La Rambla*.³⁹

i) No podíamos concluir este paseo por *La Rambla* sin hacer referencia a San Ginés de la Jara, al que Carmen Conde también ha inmortalizado no sólo en esta obra sino también en otras obras como *Júbilos*,⁴⁰ *Destino hallado*⁴¹ o *D. Juan de Austria* –antes reseñado–. Porque al traernos el paisaje del entorno de San Ginés y su monasterio, de la ermita de Los Ángeles y sus misterios tiene presente su juventud, su grupo de la Universidad Popular, su amigo el escritor unionense Cegarra Salcedo y, por encima de todo, al poeta compañero de su vida Antonio Oliver, a quien sin lugar a dudas debe la inspiración de la recreación de este paisaje. Pues, en efecto, no sólo recuerda la autora sus vivencias en Cabo de Palos en los años previos a su matrimonio, recorriendo los parajes unionenses hasta el Cabo, o las lecturas de Gabriel Miró y la relación con el escritor Andrés Cegarra Salcedo y su familia, o evoca el tiempo después de 1931 con las Misiones pedagógicas tras la llegada de la República por aquellas zonas del litoral levantino, sino que pudo tener muy presentes los textos-denuncia sobre el Monasterio de San Ginés escritos y publicados en 1930 por el emprendedor

36 Op. cit., p. 115.

37 Op. cit., pp. 47-50.

38 RUIPÉREZ VERA, Juan: *Carmen Conde y el canto minero de Cartagena, el más dramático de España*, Ed. Áglaya, Cartagena, 2007. V. el texto «Voces antiguas» incluido en *Por el camino viendo sus orillas III*, p. 45, y los artículos publicados por Carmen Conde en el diario *El Día*, de Montevideo, «Acerca del canto más dramático de España» (3-12-1961), «El canto más dramático de España» (31-12-1961) y «Acerca del canto más dramático de España» (7 enero 1962).

39 *La Rambla*, pp. 119-124.

40 V. texto «El paisaje sin viento», Op. cit., pp. 101-102.

41 V. pp. 67 y 68 de *Destino hallado* dedicadas al itinerario por San Ginés de la Jara.

poeta que fuera Oliver Belmás.⁴² A modo de conclusión, leamos dos citas del poeta amante de su paisaje, preocupado por la cultura de su tierra, como lazo de unión entre el ayer de 1930 al hoy de 2012, convocados por un sentimiento y un proyecto común pendiente de realizar desde hace un siglo, la reconstrucción y apertura del Monasterio de San Ginés de la Jara:

«Debiera abrirse el monasterio, su paz, a todos los amantes de la luz. Corre grave riesgo de perecer, como ya anunció Vicent y Portillo, desde que las leyes desamortizadoras lo llevaron a extraños sueños. Dolidos nuevamente de este abandono, sin haber logrado visitar el coro y las celdas –¿quién tendrá la documentación del convento y los peregrinos?– iniciamos la vuelta».

Y en otro artículo concluye:

«Denunciamos a la Academia de las Bellas Artes este nuevo caso de los que tanto abundan. Constituye una verdadera vergüenza dicha incuria (...). Los encargados de velar por el tesoro artístico provincial –esto es, por el nacional– tienen la palabra».

Finalmente, concluiremos afirmando que releer a Carmen Conde en su obra juvenil, en su obra para niños, en sus relatos-recuerdo, es una oportunidad para recuperar una importante porción de memoria histórica de Cartagena, con sus gentes y costumbres, con sus ritos y leyendas. Pero esta muestra resulta insuficiente, dada la extensa obra publicada o inédita, por lo que las referencias mencionadas en este artículo deben complementarse con su epistolario, con la prensa y los manuscritos existentes en su archivo personal y su hemeroteca, además de recurrir a la obra de Antonio Oliver.

42 V. textos de Antonio Oliver Belmás en prensa: «El monasterio de San Ginés de la Jara», *El Sol*: diario independiente, Madrid, año 14, n. 3918 (4 marzo 1930), p. 5. «El Monasterio San Ginés de la Jara. La Iglesia y la Ermita de los Ángeles», *El Sol*, año 14, n. 3948 (8 abril 1930), p. 8.

20 (1) 11-6-29 *mad*
GUTIERREZ

POEMAS DE VELATORIO

Estaba quieto cerca de ocho horas. Tendido boca arriba, como todos los muertos, con las manos cruzadas y un crucifijo pesadísimo entre ellas. A la cabecera le pusieron, solícitos, una hermosa corona de flor natural con dos cintas blancas; en letras doradas, decía: "Recuerdo de su madre, que nunca le olvidará. Recuerdo de su novia."

Cuatro cirios—ya no se estilaban, pero siempre dan más carácter—tembloteaban gruñones en las cuatro esquinas del lecho fúnebre.

Zumbaban las señoras poniendo largas cortinas de murmuración en el duelo. Los caballeros, con los cuellos de las americanas subidos, fumaban cigarrillos interminables y filosofaban con Platón: "...Realmente, la pluralidad de los mundos."

Un vaho denso, de humanidad en cuellillas, se columpiaba en las ventanas abiertas.

El muerto se impacientaba sin saber por qué. Sin oír las conversaciones, le dolía la cabeza de un modo atroz. Momentos antes unos ángeles gordos, con caras de choriceros, batieron sus alas cerca del balcón. Dijeron las señoras: "¡Uf, qué viento tan desagradable!" Y el muerto, que se sentía aliviado de su neuralgia, se quedó sin aire.

En las perchas estaba colgado todo el duelo: sombreros, velos, bastones...

El muerto, todavía privado del oído y de la vista, pensó en su madre y en su novia. La primera estaba sentada frente a él, con los ojos inflamados de llanto; la novia, más interesante y muy pálida, cerró los ojos para rezar.

En la falda tenía un retrato del amado, magnífico, hecho tres meses antes de su fallecimiento.

El mandadero de la Agencia de Pompas Fúnebres (C.ª Ltd.) venía de



—¡Pero, hombre! ¿Me lleva usted a una mina o al "Metro"?

—Ya le dije que íbamos a un curso de cante jondo.

repartir 250 tarjetas mortuorias. El entierro (caballos emplumados, coches con galones de plata) se efectuaría aquella tarde.

La madre lloró con mayor pena y la novia derribó una pared con un sollozo.

El difunto reaccionaba.

Cuando más grande era el barullo, abrió un ojo—el izquierdo—y luego

el otro... Se incorporó poco a poco, apoyándose en un brazo. ¡Oh, postura soberbia de varón insigne! Un silencio espantado saltó de todos los rincones. Trató, cortés, de hablar:

—Señoras. Señores...

Pero la indignación reflejada en todos los semblantes le hizo detenerse. Las señoras, violentas, requerían sus mantos, sus velos. Los caballeros, arrojando las colillas, cogían sus bastones, sus chisteras *ad-hoc* para los entierros de amigos.

Una cruda desbandada se inició en el salón.

—¡Vaya un engaño!

—Después de repartir las esquelas...

—¡No hay derecho a esto!

—¡Vaya un indecente embustero! Angeles delgados, transparentes, barrían las inmundicias de un tejado vecino, sonriendo.

Vino, agitada, la madre del muerto.

—¡Hijo, por Dios, qué cosas tienes! La novia, roja de *pose* romántica fracasada:

—¡Si que la has hecho buena, hombre!

El muerto, consecuente, tuvo miedo de las iras familiares. "¡Ah! Disgustos con la familia, no." Y bostezando, paliativo, enunció:

—No os enfadéis. ¡Que no se vaya nadie!

Y se tendió, un poco más cómodo que antes, debajo de la corona de flor natural.

En la solapa negra con olor de cirio se le abrió la rosa enorme de un pañuelo blanco.

Sobito VOTREY.
Cartagena, abril de 1929.
Carmen Conde

Carmen Conde: «Poemas de Velatorio» (15, junio, 1929)

EL MONASTERIO DE SAN GINÉS DE LA XARA

Orilla izquierda de la carretera, yendo desde el Algar a caño de Palos, y distante de éste unos cuatro kilómetros, se alza un poblado compuesto de quince o veinte casas muy humildes, que se alinean delante de una vieja iglesia, hoy cerrada al culto, cuyas torres, paredes y ventanas se desmoronan bajo la desidia y el olvido. A espaldas de la iglesia y hacia el Norte y Levante se extiende un huerto cercado de alto y grueso muro. Cuando bordeando un ancho cerro—antes llamado del Miral—se llega a este paraje, la clara luz que siempre alumbraba el cielo del Sureste se hace allí más fuerte y concentrada, abriéndose de par en par sobre la costa y sobre los ojos del visitante.

“Los confines de montañas tiernas, los campos de higueras, la labranza, los cerros de las minas, los casales, se acercaban desnudos y puros, espejando su reposo en la calma del mar, como si prolongasen sus sombras azules”, dice en la mañana de estos contornos Gabriel Miró. Y es que este lugar es sitio desde donde se atalayan el Mediterráneo, la Albufera de Mar Menor, la proa dorada del cabo y la gracia clásica de unas islas de idilio.

Esta diafanidad, canta la tradición, impresionó vivamente al abad de Corbeya Adelardo Ginés, hijo de un rey de Francia, cuando en el siglo IX, viniendo desde su destierro de Aquitania a visitar la tumba de Santiago de Compostela, una gran tormenta arrojó su navío a las playas del cabo de Palos. Aquí encontró el abad propicia quietud para su profesión monástica, y aquí, una vez cumplido su voto, “hizo vida de ángel” con algunos monjes que lo siguieron en el ejemplo y santidad.

Adelardo debió de ser esclarecido en letras y de gran sutileza de ingenio, según testimonio de algunos historiadores. Parece ser que no muriera en España, adonde después se trajo su cuerpo. También es probable que a su arribo encontrara monjes o restos de un monasterio de benitos, “descendientes de los originarios de San Pedro de Cardeña”. Había vivido aquí treinta y tres años, y a partir de entonces este término se denomina de San Ginés de la Xara.

Durante la invasión musulmana en Murcia — pierde el rastro histórico del monasterio, que indudablemente sufriría terribles saqueos, hasta que en 1491, el adelantado D. Juan Chacón, luego de reconquistado el reino, fundó de nuevo el convento, que ahora alcanzó todo el esplendor de que nos habla Francisco Cascales.

La iglesia contenía “un retablo con la figura de San Ginés tan valiente como la pudiera pintar el mismo Apelo”, unos cuadros del Salvador y de la Virgen, “perfectísimas pinturas del español Barroso. Encima de estos cuadros, un balcón saledizo, que en su convexo tiene muchos ángeles con varios instrumentos, cítaras, laúdes, libretes y realejos, y en la cumbre representada la gloria de Dios”... Cascales y Jerónimo Hurtado

cuentan también de una capilla en bajo donde se hallaba el sepulcro de San Ginés. El primero había además de capillas laterales, de una torre para defenderse de los piratas, de quince oratorios con poemas, que trascribe, y pinturas de Martín Bos, de nueve ermitas, de la hospedería para los peregrinos y del huerto, especialmente del huerto, “uno de los más insignes de España”.

Aunque ya a fines del siglo XVIII se tienen noticias de despojos no sólo de los cuadros, sino de las donaciones que al convento hiciera D. Juan de Austria, acuciados por el deseo de conocer lo que allí pervive, hemos querido visitar el monasterio. Quedan las ermitas que, lentas, aureoladas de años, van subiendo al monte como el santo y los peregrinos hacían. Queda el huerto—la jara—, no tan frondoso como lo describe Cascales, pero sí muy apretado de naranjos. Del monasterio y de la iglesia nada podemos referir, pues la descortesía de los encargados que allí tiene la propiedad no nos permitió la entrada. Sólo vimos en una habitación que debió de ser recibimiento, y que estaba repleta de enseres de labranza y de avíos para las bestias, un relieve de la figura del santo, santo con largas barbas de eternidad y alto cayado. La fachada de la iglesia está en ruinas, y desde fuera las celdas que ocupaban los monjes también se ven en deplorable estado.

Denunciamos a la Academia de Bellas Artes este nuevo caso, de los que tanto abundan. Constituye una verdadera vergüenza dicha incuria. En aquel caserío, a unos minutos de automóvil desde Cartagena, no hay maestro, no hay sacerdote, no hay el menor vestigio de la actual sociedad civilizada. Sólo aquellos vecinos indolentes, pegados al sol de las antiguas piedras, y a los que en último caso no cabe pedir nada, puesto que no son ellos los culpables de su analfabetismo.

Los encargados de velar por el tesoro artístico provincial—esto es, por el nacional—tienen la palabra. Palabra que ha de ser concisa y enérgica, que ha de traducirse en hechos inmediatos, si hemos de conservar lo poco que aun existe de este monumento, que no debe seguir constituyendo un patrimonio particular cuando la propiedad—no nos interese por qué—lo tiene tan tristemente abandonado.

Antonio OLIVER BELMAS

Antonio Oliver Belmás: «El monasterio de San Ginés de la Xara», *El Sol*, (4, marzo, 1930)

